

EL ARCO

Núm. 333 Cartagena 19 Agosto 1921 Año XIV

Periódico Católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIASTICA

Director: DON JOAQUIN MATEO

Costeado por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2.

Se reparte gratis

¿Qué haremos con los indígenas?

El primero y más importante de los hechos, que saltan a la vista, al fijarla sobre los recientes acontecimientos, es el de la rebelión de las kabilas. Sin esa rebelión, el desastre de Annual e Igueriben no hubiera tenido otros caracteres ni más consecuencias que los de una dolorosa derrota de una columna sorprendida por enemigo poderoso y fuerte, y en terreno propicio a su victoria. Pero los nuestros se hubieran hecho fuertes en Sidi-Dris o en Dar-Drius, o por lo menos en Arruit y desde luego en todas las posiciones de Beni-bu Ifru y Beni-Sicar.

Pero la rebelión de las kabilas —no nos hagamos ilusiones, de «todas» las kabilas,—convirtió la mala jornada militar en verdadera y total demolición de nuestra labor de doce años. No tuvo la harca que llegar a los campos de Beni-bu-Ifru o Beni-Sicar para copar, matar y aprisionar a los nuestros. No fueron los hombres de Abd el Krim, los Beni-Urriagueles y Bocoyas, los M^oTalzas y Beni-Tuzines, los que aprisionaron a Araujo, cercaron a Navarro y asesinaron a los españoles de las Minas, Nador y Zeluán. Fué esta obra exclusivamente de las kabilas que llevaban conviviendo con España doce años; de las kabilas, que si tenían fusiles y cartuchos era, o porque España lo había tolerado, o porque ella misma se los donó para atenciones de su pretendida seguridad personal.

Este hecho demuestra claramente dos cosas, y las dos, aunque parezcan disparas, igualmente ciertas. Primera: que España, durante doce años, no se preocupó de extender su acción pacifi-

ca de captación de voluntades, de verdadera dominación del rifefío con el arma de la creación de intereses comunes. Segunda: que aunque España hubiera hecho todo eso, el espíritu del rifefío no le hubiera permitido vivir en paz, y siempre que hubiese encontrado ocasión propicia para ello se hubiera alzado en armas contra nosotros.

¿Y por qué no ha cambiado en tantos años la psicología del rifefío...? ¿Por qué sigue siendo el eterno amor de la guerra, la prolongación viva de un arma de fuego, el espíritu abierto a toda traición, con tal de que de ella le pueda resultar algún provecho?

Primero, porque el Rif sigue siendo un yermo incultivado, y ni allí hay industrias, ni agricultura, ni intercambio, ni sabe otra cosa el indígena de los beneficios de la civilización, que el hecho de que trabajando diez y once horas en una mina, o en la explotación de una carretera, en donde puede ganar un jornal que mal cubre sus necesidades—y sus necesidades aumentadas, con el contacto y ejemplo de los de los hombres civilizados;—y esto es duro para todos los hombres, pero más que para ninguno, para los que como estos hijos del adusto Rif, jamás supieron de otro trabajo, ni otro medio para subsistir, que el de disparar un fusil, y acometer a víctimas débiles, expoliándolas en horas, y en horas recogiendo un fruto mucho mayor que en largas semanas de empuñar una azada o acarrear pesados trozos de mineral.

Segundo, porque el rifefío tiene un lamentable concepto de nuestra fuerza y poder. Tampoco conviene hacerse ilusiones sobre este extremo. Nunca hemos infligido un duro golpe a los kabilas. En la guerra del nueve,

por cada gota de sangre suya, vertimos nosotros raudales. Y después, tanto en la campaña de Guelaya como en la del Kert, cuando la harca se disolvió anárquicamente (como ahora ocurrirá), cuando vieron los rifefíos que España disponía de considerables refuerzos y los movilizaba haciendo baldíos sus ataques y sorpresas, vinieron las sumisiones, y los mismos que antes atacaban, llegaban tranquilos a Melilla y a las posiciones, y aún a veces nos vendían lo que pillaron en sus días de gananciosos botines de guerra.

Y al someterse, este antiguo harqueño entraba en Regulares, este otro en la Policía, el de más allá se titulaba confidente y protegido, y a cambio de ello percibía un sueldo mayor que si se empleaba en un trabajo obrero. ¡Y hasta otra!

En su fuero interno, los rifefíos se reían de nuestra candidez, y al conocernos tan desprovistos de deseos de venganza, ¡ellos que tienen la venganza como sagrado deber!, tomaban la generosidad por debilidad, y el perdón por mentecatez.

Porque ello es así, para nosotros el dilema está resuelto. Nada de términos medios. Las kabilas tienen que sufrir el peso de nuestro justo castigo. Que quede memoria en el Rif de cómo España obra con los traidores. No debe de haber perdón, ni asomo de generosidad, mientras no tengamos una prueba cierta de la sumisión, de hecho, y no de palabra de los kabilas.

Y esta sumisión, esta prueba solo puede ser una:

«Conforme avancen nuestras columnas por el Rif, conforme lleguen a los aduares, no detendrán

su castigo eficaz y rotundo, mientras no se haga entrega a España de todo el armamento, de los hombres del aduar, de todos sus ganados y cosechas, y de los rehenes que se juzguen necesarios.»

Sin estas pruebas de sometimiento, no debe de cesar el más duro castigo. Ni se puede correr demasiado si a sí se procede. Hay que ir con mucha calma, con gran parsimonia, con la seguridad de que no se deja atrás ni un enemigo armado.

Todo ello es cruel, duro y repugna a nuestros sentimientos; pero... ¡y las víctimas inmoladas en Nador, Zeluán y Monte Arruit!

Hay que batir al rifefío con sus propios procedimientos. Ellos hicieron ley de la del Talión... Si España no quiere vivir con el Rif en constante guerra, al rebelde habrá de someterle por la fuerza, y al traidor castigarle con el más implacable rigor.

EL TEBIB ARRUMI

(De «Diario Universal»).

A campaña

Ya ha salido el Regimiento Alegremente contento ya marchó; y el pueblo con fe, animoso y con afecto ardoroso a sus hijos despidió.

Ya fueron nuevos soldados leales y entusiasmados a luchar; a defender la bandera que el marroquí pretendiera mancillar y desrozar.

A tomarse la venganza de la terrible matanza que el dolor en nuestra patria ha sembrado y gritos ha levantado de amargura y de furor.